

Sermón 95

**La educación de los niños**

Proverbios 22:6

*Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.*

1. No debemos pensar que hay que entender estas palabras en sentido estricto, y creer que todo niño o niña que fue instruido *en su camino* jamás se apartó de él. Esto no coincide en modo alguno con la realidad. Tan alejado de la realidad se encuentra que es común escuchar este comentario: «los mejores padres tienen los peores hijos». Es verdad que a veces esto se debe a que hay personas que son buenas, pero limitadas en su capacidad de entendimiento. Y en ese caso no puede esperarse mucho con respecto a su capacidad para educar a sus hijos. Además, hay quienes son muy buenas personas en muchos aspectos pero son demasiado blandos, de modo que no pueden alejar a sus hijos del mal más de lo que pudo Elí cuando les dijo con toda delicadeza: «No, hijos míos, no escucho cosas buenas acerca de vosotros.»<sup>1</sup> No son estos, por tanto, los casos que contradicen la afirmación de Proverbios, ya que en estos casos se trata de hijos que no *han sido instruidos en su camino*. Pero, justo es reconocerlo, hay quienes han sido instruidos con toda dedicación y responsabilidad y, sin embargo, mucho antes de llegar a viejos, cuando estaban en el apogeo de su fuerza, se apartaron completamente de las enseñanzas recibidas.

---

<sup>1</sup> 1 S.2.24.

2. Por lo tanto, debemos entender que estas palabras tienen cierta limitación, y así podremos apreciar en qué consiste su verdad indiscutible. Es una promesa de carácter general, aunque no universal, y muchos han vivido la alegría de verla cumplida. Teniendo en cuenta que es el método más eficaz para lograr que nuestros hijos sean fieles, será este el camino que nos permita, en la mayoría de los casos, aunque no siempre, alcanzar el objetivo deseado. El Dios de los padres está también con los hijos; bendice sus esfuerzos para que puedan tener la satisfacción de dejar a su descendencia, además de los bienes materiales, su experiencia de fe.

3. Pero, ¿cuál es *el camino que los niños deben seguir*? ¿Cómo lo *instruiremos en él*? Las bases de esto han sido admirablemente expuestas por el Sr. Law en su obra *Serious Call to a Devout Life* (Llamado formal a una vida de devoción). He aquí parte de lo que él ha expresado:

Si hubiésemos continuado siendo perfectos, tal como Dios creó al primer ser humano, tal vez nuestra naturaleza perfecta hubiese bastado para instruir a toda persona. Pero así como las dolencias y enfermedades han hecho necesaria la existencia de remedios y de médicos, de igual modo los desajustes en nuestra racionalidad han generado la necesidad de recibir educación y de tener maestros. Y así como el único fin que persigue el médico es restituir la naturaleza a su estado original, de igual modo el único fin de la educación es restituir nuestra racionalidad a su estado original. La educación, por tanto, debe ser considerada como un segundo intento de alcanzar la razón, y por medio de ella compensar, hasta donde sea posible, la pérdida de la perfección

original. Si la medicina puede llamarse con justicia el arte de restituir la salud, así también la educación no debe verse sino como el arte de restituir al ser humano a su perfecta racionalidad.

Este era el fin que perseguían los jóvenes que asistían a las clases de Pitágoras, Sócrates y Platón. Las lecciones diarias y la instrucción que recibían eran numerosas exposiciones acerca de la naturaleza humana, su fin último, y el uso correcto de sus facultades; acerca de la inmortalidad del alma y su relación con Dios, la compatibilidad de la virtud con la naturaleza divina; acerca de la necesidad de alcanzar templanza, justicia, misericordia y verdad, y la necesidad de ceder ante nuestras pasiones.

Ahora bien, sabemos que el cristianismo en cierta manera ha recreado la moral y la religión, y ha puesto de manifiesto el verdadero valor de todo cuanto es razonable, sabio, santo y deseable. Así que uno esperaría que esta misma influencia renovadora que ejerció sobre las doctrinas religiosas, se viera también reflejada en la educación de los niños. Dado que el cristianismo introdujo un nuevo orden de cosas que nos permite conocer con tanta profundidad la naturaleza del ser humano y el para qué de su creación, y que pone en su justo lugar lo bueno y lo malo que hay en nosotros, enseñándonos así el camino para purificar nuestras almas, agradar a Dios y alcanzar felicidad eterna, sería, pues, lógico esperar que en todo país cristiano hubiese numerosas escuelas donde no sólo se enseñase algunas preguntas y respuestas del catecismo, sino donde los niños y niñas recibiesen una real

formación, capacitación y práctica en un estilo de vida acorde con las más caras doctrinas del cristianismo. La educación que brindaban Pitágoras o Sócrates no perseguía otro fin que el de enseñar a los jóvenes a pensar, juzgar y actuar de la misma forma en que lo hacían estos maestros. ¿No es acaso razonable creer que una educación cristiana debería perseguir como único fin enseñarles a pensar, juzgar y actuar según el más estricto apego a los principios del cristianismo?

Al menos uno esperaría que en toda escuela cristiana, enseñar a los alumnos a comenzar su vida en el espíritu del cristianismo, practicando la abstinencia, la humildad, la sobriedad y la devoción que el cristianismo exige de nosotros, debería ser no una sino cien veces más importante que cualquier otro aspecto de la educación.

Aquellos que nos educan deberían actuar como nuestros ángeles de la guarda: no acercar a nuestra mente nada que no sea sabio y santo, y ayudarnos a descubrir los razonamientos falsos a que nos conduce nuestra mente y a dominar toda pasión equivocada en nuestro corazón. Es perfectamente razonable esperar y exigir todos estos beneficios de una educación cristiana, así como exigimos que la medicina nos ayude a fortalecer todo lo que está bien en nuestro organismo y a librarnos de todas nuestras enfermedades.<sup>2</sup>

4. Debemos tener siempre muy presente que es Dios, no los humanos, el gran médico para nuestra alma.

---

<sup>2</sup> Resumido y revisado de Law, *Serious Call Works*, IV.180-82.

Sólo él, y nadie más que él, *sana nuestras dolencias*;<sup>3</sup> él es quien *obra salvación en medio de la tierra*,<sup>4</sup> y no hay nadie entre los seres humanos *que pueda hacer limpio lo inmundo*.<sup>5</sup> En una palabra, *Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*.<sup>6</sup> Y generalmente se complace en realizar su obra a través de sus propias criaturas, es decir, que sus hijos se ayuden unos a otros. El honra a las personas permitiéndoles ser *colaboradores suyos*.<sup>7</sup> De este modo, la recompensa es nuestra, en tanto que la gloria le pertenece a él.

5. Una vez establecida esta premisa, y a fin de ver claramente en qué clase de camino debemos instruir a un niño, preguntémosnos: ¿Qué enfermedades tiene por naturaleza? ¿Cuáles son las enfermedades espirituales que toda criatura nacida de mujer trae consigo al mundo?

¿Acaso no es el ateísmo la primera de ellas? A pesar de todo lo que se ha escrito con tanta lógica acerca de «la idea innata de Dios», a pesar de todo lo que se ha dicho afirmando que esto es propio de todos los seres humanos en todo tiempo y lugar, no parece que el ser humano tenga por naturaleza más idea de Dios que cualquier bestia del campo. El ser humano no posee el más mínimo conocimiento de Dios, ni tiene temor de él, ni *está Dios presente en ninguno de sus pensamientos*.<sup>8</sup> Podrán operarse cambios luego (por la gracia de Dios, o por reflejo de su propia imagen, o por la educación), pero la criatura humana es meramente atea por naturaleza.

---

<sup>3</sup> Sal. 147.3, según la traducción del *Libro de Oración Común*.

<sup>4</sup> Sal. 74.13.

<sup>5</sup> Job 14.4.

<sup>6</sup> Fil. 2.13.

<sup>7</sup> 2 Co. 6.1.

<sup>8</sup> Sal. 10.4.

6. Ciertamente podríamos decir que, por naturaleza, cada persona se considera a sí misma como su propio dios. Se adora a sí misma. Se ve a sí misma como dueña absoluta de su ser. El héroe de la obra de Dryden nos habla según el sentir de su propia naturaleza cuando dice: «Yo soy mi propio rey.»<sup>9</sup> Se busca a sí mismo en todas las cosas, y busca complacerse. ¿Y por qué no habría de hacerlo? ¿Acaso alguien es señor de su vida? Su propia voluntad es su única ley; actúa de tal o cual manera simplemente porque así le place. Impulsado por el mismo espíritu que *el hijo de la mañana* cuando decía: «*Me sentaré a los lados del norte*»,<sup>10</sup> dice «Yo haré esto o aquello». ¿Acaso no encontramos en todos los ámbitos hombres sensatos que actúan movidos por este mismo espíritu? Personas a las que si se les pregunta: «¿Por qué has hecho esto?» responderán sin dudar: «Porque así lo quise.»

7. El orgullo es otra de las malas enfermedades que todo ser humano trae al mundo en su alma; una permanente inclinación a *tener más alto concepto de sí que el que debe tener*.<sup>11</sup> Cada uno de nosotros puede detectar esta enfermedad, en menor o mayor grado, en todos los demás, excepto en nosotros mismos. Por cierto, si uno pudiese detectarlo en sí mismo, este orgullo desaparecería ya que entonces la persona se valoraría a sí misma en la justa medida.

8. También nace con cada persona, y hace a la naturaleza del alma humana, el amor al mundo. Toda persona es, por naturaleza, amante de *las criaturas antes*

---

<sup>9</sup> El héroe Almanzor en la obra de John Dryden, *The Conquest of Granada* (1672).

<sup>10</sup> Is. 14.12,13.

<sup>11</sup> Ro. 12.3.

que del Creador;<sup>12</sup> amante de toda clase de deleites más que de Dios.<sup>13</sup> Es esclava de deseos vanos que le hacen daño, ya sea los deseos de la carne, los deseos de los ojos o la vanagloria de la vida.<sup>14</sup> La expresión «deseos de la carne» se refiere a la propensión a buscar la felicidad en aquello que gratifica uno o más de nuestros sentidos. Al decir «deseos de los ojos» nos referimos a una tendencia a buscar la felicidad en aquello que nos gratifica interiormente, gratifica nuestra imaginación, ya sea mediante cosas extraordinarias, novedosas o bellas. «La vanagloria de la vida» parece referirse a la tendencia a buscar la felicidad en las cosas que nos confieren honor. Generalmente, esto está relacionado con *el amor al dinero*,<sup>15</sup> una de las más viles pasiones que pueda albergar el corazón humano. Pero es probable que esto no sea una desviación natural sino algo adquirido.

9. En tanto que puede discutirse si este último punto es o no es mal natural, con respecto a la ira no hay duda alguna. El filósofo de la antigüedad la definía como «la percepción de haber sido lastimados, seguido de un deseo de venganza».<sup>16</sup> Ahora bien, ¿es posible encontrar algún ser nacido de mujer que no lo padezca? Por cierto, al igual que otras enfermedades de la mente, se da con mucha más violencia en unos que en otros. Pero no deja de ser *furor brevis*,<sup>17</sup> tal como lo describió el poeta. Cualesquiera sean

---

<sup>12</sup> Ro. 1.25.

<sup>13</sup> 2 Ti. 3.4.

<sup>14</sup> 1 Jn. 2.16.

<sup>15</sup> 1 Ti. 6.10.

<sup>16</sup> La idea original viene de Aristóteles, *Retórica*, II.2. Más tarde fue retomada por Cicerón y por Séneca. Steele escribió en *The Guardian*, No. 129 (agosto 8, 1713): «Los moralistas han definido la ira como 'un deseo de venganza por alguna herida recibida'»

<sup>17</sup> Horacio, *Epístolas*, I.ii.62: «*Ira furor brevis est*» (La ira es un momento de locura).

las circunstancias, siempre significa perder la razón, aunque sólo sea por un momento.

10. El apartarse de la verdad es también algo natural para todo ser humano. Alguien en *su apresuramiento dijo: «Todo hombre es mentiroso»*,<sup>18</sup> pero nosotros podemos decir, después de haber reflexionado con calma al respecto: «Toda persona, si se le presenta la ocasión, disfraza la verdad o se aparta de ella.» Probablemente no falte a la verdad abiertamente, tal vez no diga mentiras, pero con frecuencia no será completamente franca. Todas las personas se valen de artimañas, dan impresiones falsas, simulan o disimulan. De tal suerte que no existe persona alguna de quien se pueda decir *«He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño»*,<sup>19</sup> no hasta que nuestra naturaleza se haya transformado por la gracia.

11. Asimismo, todos somos por naturaleza proclives a hablar o actuar en contra de la justicia. Esta es otra de las enfermedades que el ser humano trae consigo al mundo. Somos parciales por naturaleza. En primer lugar con respecto a nosotros mismos aprovechando toda ocasión que se nos presenta para defender nuestros intereses y anteponer nuestros placeres en mucho mayor medida de lo que sería estrictamente justo. Tampoco podemos decir que los seres humanos son de por sí misericordiosos *como nuestro Padre es misericordioso*,<sup>20</sup> sino que todos, en mayor o menor medida, transgredimos esa maravillosa norma de misericordia y de justicia: *«Todas las cosas que*

---

<sup>18</sup> Sal. 116.11.

<sup>19</sup> Jn. 1.47.

<sup>20</sup> Lc. 6.36.

*queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos.»*<sup>21</sup>

12. Si admitimos que estos males están presentes en la naturaleza humana, ¿no debería ser el fin principal de la educación lograr desterrarlos? ¿acaso no es responsabilidad de todos aquellos a quienes Dios ha confiado la educación de los niños, tomar todos los recaudos para no agravar ni fomentar estos males (que es lo que la mayoría de los padres hacen constantemente), y luego, utilizar todos los medios a su alcance para tratar de erradicarlos?

13. Hagamos un análisis más detallado. ¿Qué pueden hacer ambos padres, y muy especialmente las madres, ya que son ellas las que están a cargo de los niños en sus primeros años de vida, con respecto al ateísmo natural que caracteriza a todo ser humano? ¿En qué medida lo fomentan la mayoría de los padres, aun aquellos que aman o, al menos, temen a Dios, cuando pasan horas, tal vez días, en que apenas si mencionan el nombre de Dios estando en compañía de sus hijos? Sin embargo, durante ese mismo tiempo hablan acerca de infinidad de cosas respecto del mundo que los rodea. Es lógico entonces que las cosas del mundo presente, aquello que los niños tienen frente a sí todo el tiempo, ocupen todos sus pensamientos, alejándolos de Dios aun más de lo que originalmente estaban (si tal cosa fuese posible). Cuando los padres atribuyen la obra de la creación a la naturaleza, ¿no están fomentando su ateísmo? Al hablar con tanta familiaridad de la naturaleza, ¿no estamos dejando de lado a Dios? ¿Acaso no alimentan su ateísmo cuando hablan en presencia de los niños de cosas que ocurren de tal o cual manera, de cosas que suceden por

---

<sup>21</sup> Mt. 7.12.

casualidad, o de tener buena o mala suerte? Otro tanto ocurre cuando atribuyen determinados sucesos a la sabiduría o al poder humanos, o a cualquier otra causa secundaria, como si ellos gobernasen el mundo. Más aún, cuando los padres hacen referencia a su propia sabiduría, a su bondad o a su poder para hacer esto o aquello, sin mencionar expresamente que son dones de Dios, también están inadvertidamente alentando el ateísmo en sus hijos. Todo esto contribuye a reafirmar el ateísmo de sus hijos, y a alejar a Dios de sus pensamientos.

14. Pero no nos libramos de responder por sus vidas si tan sólo cumplimos con el deber de no fomentar su ateísmo. ¿Qué haremos para erradicarlo? Desde el mismo momento en que percibas que el niño o niña puede entenderte, inculcale constantemente que Dios está aquí y en todo lugar. Dios te creó a ti y a mí, creó la tierra, el sol y la luna, y todo cuanto existe. Todo es suyo: *los cielos y la tierra y todo lo que está en ellos*.<sup>22</sup> Todas las cosas ocurren porque él así lo ordena: él ordena al sol brillar, al viento soplar y a los árboles dar fruto. Nada ocurre por casualidad; la propia palabra es un sinsentido porque la casualidad no existe. Es Dios quien creó el mundo, y lo gobierna junto con todas las cosas que en él hay. *Ni un pajarillo cae a tierra*<sup>23</sup> si no es la voluntad de Dios. Y así como gobierna todas las cosas, de igual manera gobierna a todos los humanos, buenos y malos, grandes y pequeños. El es quien les da el poder y la sabiduría que poseen. Y él está por encima de todos. Todo lo bueno que hay en nosotros, él nos lo dio; todo buen pensamiento, palabra y acción provienen de él. Sin él nos resulta imposible pensar o actuar correctamente.

---

<sup>22</sup> Jer. 51.48.

<sup>23</sup> Mt. 10.29.

Es por ello que debemos inculcar a los niños y niñas que Dios es todo en todos.

15. De este modo podremos contrarrestar y, con ayuda de la gracia de Dios, poco a poco erradicar el ateísmo natural de nuestros hijos. Pero ¿qué podemos hacer para librarlos de la autosuficiencia? Esta tiene sus raíces en nuestra propia naturaleza, y es, sin duda, la idolatría original, que no se limita a una época o a un país, sino que es común a todas las naciones bajo el sol. Aun entre los cristianos, aun entre aquellos que verdaderamente temen a Dios, encontramos pocos padres libres de culpa con respecto a este tema. Son muy pocos los padres que no alientan o fomentan este doloroso mal en sus hijos. Una forma muy efectiva de lograrlo es permitirles hacer siempre su voluntad. Permitirles hacer las cosas a su modo es el mejor método para lograr que su autosuficiencia sea siete veces mayor. Pero ¿quién tomará la decisión de actuar de manera diferente? ¿Un padre de cada cien? ¿Quién puede ser tan raro, tan cruel, como para no consentir a sus hijos en menor o mayor medida? Después de todo, ¿por qué no habríamos de hacerlo? ¿Qué mal puede haber en ello cuando todo el mundo lo hace? El mal radica en que esto fortalece más y más su voluntad, hasta llegar a un punto en que no se doblegará ante Dios ni ante persona alguna. Consentir a los hijos equivale a hacer que su mal se vuelva incurable. Por el contrario, un padre o una madre sabios deberían comenzar a doblegar la voluntad de sus hijos tan pronto como comience a manifestarse. Ningún área de la educación cristiana es tan importante como ésta. Para los niños pequeños la voluntad del padre ocupa el lugar que luego ocupará la voluntad de Dios. Por tanto, pacientemente enséñenles a someterse a los padres en tanto sean niños, para que estén preparados a

someterse a la voluntad de Dios cuando sean mayores. Pero para poder llevar esto a cabo necesitarán gran firmeza y decisión, y una vez que hayan comenzado no deben ceder. Deben mantenerse firmes en su propósito, y no apartarse de él ni por un momento, de otro modo su trabajo habrá sido en vano.

16. Si en verdad deseas que no sea en vano todo tu esfuerzo para someter la voluntad de tu hijo o hija, a fin de que sometiendo su voluntad a la tuya lo ayudes a prepararse para someter su voluntad a la de Dios en el futuro, ten presente el siguiente consejo, poco difundido pero de gran utilidad: Nunca, por ningún motivo, cedas ante un niño que llora para obtener algo de ti. Puede parecer algo sin importancia, pero sus consecuencias son más serias de lo que uno puede imaginar. Se ha comprobado, y pueden ustedes mismos comprobarlo tantas veces como deseen, que si uno le da al niño aquello por lo cual estuvo llorando, creará que obtiene su recompensa por llorar, y entonces seguramente volverá a hacerlo. «Pero si no se lo doy cuando llora, gritará todo el día.» Bueno, si lo hace es por tu culpa, ya que está en ti el impedir que lo haga. No hay razón para que una madre soporte los berridos de un niño después de que este haya cumplido el año. «Pero cómo, es imposible lograr que no lo haga.» Esto es lo que mucha gente supone, pero están equivocados. Yo mismo, y muchas otras personas, podemos atestiguar exactamente lo contrario. Mi propia madre tuvo diez hijos, cada uno de ellos con bastante carácter. Sin embargo, a ninguno de ellos se lo escuchó llorar a viva voz después de haber cumplido el año. Una dama de Sheffield (creo que varios de sus hijos viven aún) me aseguró que ella también había tenido éxito con sus ocho hijos. Hubo quienes cuestionaron que tal cosa pudiera

ocurrir, pero entonces el señor Parson Greenwood, bien conocido en el norte de Inglaterra, respondió: «No es imposible. En mi propia familia he podido comprobar que es posible lograr esto, y más. Tuve seis hijos con mi anterior esposa, y ella nunca toleró berridos de ninguno de ellos después de que cumplieron diez meses de edad. Sin embargo, el carácter de ninguno de ellos resultó tan afectado que les impidiese desempeñar cualquier tipo de tarea en la vida.» Por lo tanto, toda mujer con sentido común puede lograrlo, y de este modo se ahorrará muchísimos problemas y se librá de escuchar bajo su techo esos berridos de los pequeños que resultan tan desagradables. Mas debo admitir que sólo una mujer sensata es capaz de poner esto en práctica. Es más, debe ser una mujer con tal grado de paciencia y determinación como sólo se puede obtener por la gracia de Dios. Sin embargo, este es sin duda *el camino más excelente*,<sup>24</sup> y *la que sea capaz de recibir esto, ¡que lo reciba!*<sup>25</sup>

[17.] Es difícil decir si la autosuficiencia o el orgullo constituye el mal más serio. Fue principalmente el orgullo lo que hizo caer tantas estrellas del cielo y convirtió ángeles en diablos. Pero ¿qué pueden hacer los padres para al menos controlar esto hasta tanto sea erradicado totalmente?

En primer lugar, cuidense de no echar más leña al fuego, de no alentar el mal que deben ayudar a erradicar. Casi todos los padres caen en este error cuando alaban a los niños en su presencia. Si se dan cuenta de cuán vano y cruel es esto, háganse el firme y sagrado propósito de no hacerlo. Y a pesar del temor que les provoquen las posibles reacciones de otras personas o del deseo de agradecerles, den

---

<sup>24</sup> 1 Co. 12.31.

<sup>25</sup> Mt. 19.12.

un paso más: No sólo no los alaben ustedes sino que tampoco toleren que otros hagan lo que ustedes mismos no se atreven a hacer. ¡Pocos son los padres que se dan cuenta de esto! O al menos son pocos los que cuentan con suficiente decisión para ponerlo en práctica; para callar, a la primer palabra, a toda persona que alabe a los niños delante de ellos. Vemos que aun aquellos padres que por ninguna razón *se sentarían a escuchar sus propios aplausos*,<sup>26</sup> cuando se trata de sus hijos no tienen reparos en sentarse a escuchar cómo los aplauden. ¡Y lo hacen frente a los propios niños! ¡Reflexionen! ¿No estamos *tendiendo una red delante de sus pasos*?<sup>27</sup> ¿Acaso esto no constituye un lamentable incentivo para su orgullo, aun cuando los alabemos por algo verdaderamente digno de alabanza? Y doblemente penoso si se les alaba por cosas que no tienen valor real, cosas que carecen de importancia tales como provenir de una buena familia, la belleza, o la elegancia en el vestir. Esto probablemente afecte no sólo su corazón sino también su entendimiento. Tiene relación directa con el hecho de inculcarles orgullo y vanidad al mismo tiempo, arruinar su capacidad de discernir y de juzgar, enseñándoles a valorar aquello que es estiércol, basura a los ojos de Dios.

18. Si, por el contrario, deseas cortar su orgullo de raíz, sin pérdida de tiempo, enseña a tus hijos tan pronto como sea posible que son personas caídas. Enséñales que les falta mucho para alcanzar la gloriosa imagen de Dios según la cual fueron creados; que ya no son, como fueron en un principio, imágenes incorruptibles del Dios de gloria, semejantes en sabiduría, en bondad y santidad al Padre de los espíritus. Ahora, en cambio, son más ignorantes, más

---

<sup>26</sup> Pope, *Epistle to Dr. Arbuthnot*, ll.209-10.

<sup>27</sup> Pr.29.5.; Lm. 1.13.

necios y más malvados de lo que ellos son capaces de imaginar. Muéstrales que en cuanto a orgullo, pasión y deseos de venganza son ahora iguales al diablo; y en cuanto a deseos vanos y bajos instintos son iguales a las bestias del campo. Observa cuidadosamente su conducta con respecto a este mal para que en cuanto se presente la ocasión puedas descubrir el orgullo en sus primeros movimientos y controlarlo desde el momento en que haga su primera aparición.

Si su pregunta es: «Pero ¿cómo haré para alentarlos cuando hagan algo bueno si no debo elogiarlos?» A esto respondo que yo no he dicho tal cosa. No he dicho: «Nunca debes elogiarlos.» Sé que hay muchos escritores, escritores que se destacan por su consagración, que sostienen esto. Según ellos elogiar a las personas equivale a quitarle algo a Dios y, por tanto, lo reprueban completamente. Pero ¿qué dicen las Escrituras? En ellas leemos que nuestro Señor elogió a sus discípulos en reiteradas ocasiones. Tampoco el gran apóstol tuvo reparos en elogiar a los corintios, a los filipenses y a muchos otros a quienes escribía. Sin embargo, yo les digo que lo utilicen muy espaciadamente. Y cuando lo hagan, asegúrense de hacerlo con extremo cuidado, indicándoles al mismo tiempo que consideren todo lo que tienen como un don de Dios, y que puedan decir con profunda humildad: «¡No a nosotros, Señor, no a nosotros! Sino a tu nombre da gloria.»<sup>28</sup>

19. Después de la autosuficiencia y del orgullo, el peor mal que traemos con nosotros desde el nacimiento es el amor por el mundo. Sin embargo, ¡con cuánto afán la mayoría de los padres celebran esto en sus diversas

---

<sup>28</sup> Sal. 115.1.

manifestaciones! Celebran *los deseos de la carne*,<sup>29</sup> es decir, la tendencia a buscar la felicidad en la gratificación de nuestros sentidos, dedicándose a «incentivar» al máximo «el sentido del gusto» en sus hijos, no sólo dándoles otros alimentos además de leche, que es el alimento natural de los niños, desde antes del destete, sino ofreciéndoles antes y después, cualquier tipo de comida o bebida que ellos deseen. Es más, tientan a sus hijos con vino o bebidas fuertes mucho antes de que por naturaleza sientan necesidad de ello, y les ofrecen confituras, golosinas y cualquier otra clase de dulces que se les ocurra. Estimulan en ellos *los deseos de los ojos*, la tendencia a buscar la felicidad en aquellas cosas que cautivan la imaginación, dándoles toda clase de hermosos juguetes. Los visten con ropa elegante adornada con hebillas y botones brillantes; les compran zapatos de color, sombreros con cintas y otros adornos superfluos como moños, collares y enormes cuellos fruncidos. Peor aún, les ofrecen estos objetos como recompensa por cumplir con sus obligaciones, lo cual equivale a hacerlos objeto de gran reconocimiento. Con igual empeño y dedicación celebran un tercer aspecto de su amor por el mundo, *la vanagloria de la vida*, la inclinación a buscar la felicidad en *la gloria de los hombres*.<sup>30</sup> Tampoco olvidan el amor al dinero; sin duda sus hijos escucharán en más de una ocasión la exhortación a «asegurarse el porvenir», y reiterados consejos que concuerdan exactamente con los de aquel pagano de la antigüedad, *Si possis, recte; si non, quocumque modo rem*<sup>31</sup> (si puedes, obtén el dinero honestamente, y si no puedes, entonces

---

<sup>29</sup> 1 Jn. 2.16.

<sup>30</sup> Jn. 5.41.

<sup>31</sup> Horacio, *Epístolas*, I.i.65-66.

obténlo). Y cuidadosamente se les enseña a considerar las riquezas y el honor como la recompensa a todos sus esfuerzos.

20. Con criterio absolutamente opuesto, un padre sabio y verdaderamente bondadoso tendrá sumo cuidado de no alentar en sus hijos los deseos de la carne, es decir, su natural inclinación a buscar la felicidad mediante la gratificación de sus sentidos. Siendo tal su propósito, los padres no aceptarán que el niño o la niña prueben otro alimento que no sea leche hasta el momento del destete (lo cual se logra sin riesgos y con toda facilidad al final del séptimo mes, como lo han demostrado mil y un experimentos realizados). Luego se les debe acostumbrar a comidas sencillas, fundamentalmente vegetales. Se les puede crear el hábito de comer una sola clase de alimento, además del pan, durante el almuerzo, y a desayunar y cenar leche, fría o caliente, pero no hervida. Es posible acostumbrarlos a sentarse con los mayores durante las comidas sin pedir nada, sino tomando sólo lo que se les ofrece. No es necesario que conozcan el sabor del té antes de los nueve o diez años de edad, ni ofrecerles otra bebida durante las comidas excepto agua o malta. Y no sentirán necesidad de probar la carne o de ingerir bebidas entre las comidas si se les acostumbra a no hacerlo. Si les dan frutas o golosinas, que sea sólo durante las comidas. Y nunca ofrezcan esto como recompensa, sino enséñenles a aspirar a cosas superiores a esto.

A propósito de esto, se presentará una dificultad que sólo se superará con mucha decisión de parte de los padres. Los sirvientes, que no sabrán cuál es su plan, continuamente ofrecerán algo a los niños, echando por tierra todo su trabajo. Deben impedir que tal cosa ocurra. Si fuera

posible, deberían advertirles desde el mismo momento en que entren en su casa, y recordárselo de vez en cuando. Si ellos persisten a pesar de sus recomendaciones, deben despedirlos. Es preferible perder un buen sirviente que arruinar un buen hijo.

Probablemente la madre deba enfrentar otra dificultad que demanda un mayor esfuerzo aún. Quizás tu madre, o la madre de tu esposo, viva con tu familia y, por supuesto, debes tratarla con todo respeto. Pero por ningún motivo permitas que tenga la más mínima ingerencia en la educación de tus hijos. Seguramente echaría por tierra todo lo que tú habías logrado, los dejaría hacer según su voluntad en todo. Los consentiría en el camino que lleva a la destrucción de sus almas, y probablemente, también de sus cuerpos. En ochenta años no he conocido una sola mujer que supiese manejar a sus nietos. Mi propia madre, que tan bien crió a sus hijos, nunca pudo manejar a uno solo de sus nietos. Con respecto a todo lo demás, obedece a tu madre. Somete tu voluntad a la suya. Pero con respecto a la crianza de tus hijos, sostén firmemente las riendas en tus manos.

21. Un padre y una madre sabios y bondadosos tendrán igualmente cuidado de no estimular en sus hijos *los deseos de los ojos*. No deben darles hermosos y atractivos juguetes, ni vestirlos con ropa fina y elegante, ni adornarlos con hebillas o botones brillantes. No los carguen de adornos superfluos, ni les den cosas que entren por los ojos. Tampoco toleren que otras personas les den lo que ustedes mismos han decidido no darles. Si alguien ofreciese a los niños un regalo inconveniente, los padres pueden rechazarlo cortésmente o aceptarlo y hacerlo a un lado. Si la persona se molesta, ustedes no pueden hacer nada para evitarlo. El deseo de agradar a otros y los compromisos temporales

deben necesariamente postergarse cuando está comprometida la vida eterna de nuestros hijos.

Todos sus esfuerzos se verán recompensados si pueden despertar en ellos desde temprana edad un rechazo por todo lo sofisticado, a la par que el gusto por la sencillez en el vestir. Enséñenles a encontrar qué relación existe entre la sencillez y la modestia, y entre el refinamiento y una vida disipada. Asimismo los invito a inculcar en sus hijos, tan pronto como sea posible, temor y desprecio por la pompa y el esplendor, odio y pavor al amor al dinero, y la convicción profunda de que las riquezas no pueden brindarnos felicidad. Apártenlos de todas estas falsas metas; ayúdenlos a que Dios sea su única meta, de modo que todo lo que hagan tenga como único fin conocerlo, amarlo y servirlo.

22. Además, la mayoría de los padres alientan sentimientos de ira en sus hijos, o lo que es peor aún, sentimientos de venganza. Una madre poco inteligente dirá: «¡Conque han lastimado a mi hijo! Ya me la pagarán.» ¡Qué horrible forma de proceder! ¿No saben acaso que aquel *que ha sido homicida desde el principio*<sup>32</sup> bien pronto se ocupará de dar esta lección a sus hijos? Entonces, los padres cristianos no deben escatimar esfuerzos para enseñarles exactamente lo contrario. Recuérdenles las palabras de nuestro bendito Señor: «*Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo*»,<sup>33</sup> en todo caso, no debemos hacerlo devolviendo mal por mal. Más bien, *a cualquiera que quiera quitarte la túnica, déjale también la capa*.<sup>34</sup> También recuérdense las

---

<sup>32</sup> Es decir, el diablo. Ver Jn. 8.44.

<sup>33</sup> Mt. 5.38-39.

<sup>34</sup> Mt. 5.40.

palabras del gran apóstol: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos. Porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.»<sup>35</sup>

23. Es común que los padres alienten y fomenten la natural inclinación hacia la falsedad que hay en todo ser humano. Con mucha frecuencia escuchamos comentarios tan imprudentes como este: «No, no fuiste tú, no fue mi hijo o mi hija quien hizo esto. Creo que fue el gato.» ¡Qué increíble tontería! ¿No sientes remordimientos al poner una mentira en la boca de tu hijo o hija aun antes de que pueda expresarse con claridad? ¿Acaso no sabes que de este modo llegará a ser un experto cuando sea mayor? Hay padres que les enseñan a disimular y a mentir a causa de su excesivo rigor, y hay quienes lo hacen festejando y alabando su ingenio y astucia para mentir y engañar. Por el contrario, un padre y una madre sabios enseñarán a sus hijos a *desechar la mentira*<sup>36</sup> y a decir la verdad desde lo más profundo de su corazón, se trate de un asunto grande o pequeño, de una broma o de algo serio. Deben enseñarles que el autor de toda falsedad es el diablo, que *es mentiroso, y padre de mentira*.<sup>37</sup> Deben enseñarles a aborrecer y despreciar no sólo la mentira, sino también el engaño, la astucia y el disimulo. Utilicen todos los medios a su alcance para lograr que amen la verdad, la franqueza, la sinceridad y la sencillez, que sean francos en espíritu y en acción.

24. Muchos padres fomentan la natural tendencia a la injusticia que está presente en sus hijos cuando consienten que existan abusos entre ellos, a veces llegando al extremo de reírse o celebrar las tretas ingeniosas que utilizan

---

<sup>35</sup> Ro. 12.19.

<sup>36</sup> Ef. 4.25.

<sup>37</sup> Jn. 8.44.

para engañar a otros. Estén alerta para que esto no ocurra con sus hijos. Desde pequeños siembren la semilla de la justicia en sus corazones, y edúquenlos para practicarla en su sentido más estricto. En tanto sea posible, incúlquenles el amor por la justicia tanto en las cosas más insignificantes como en las más importantes. Graben en sus mentes el viejo proverbio: Quien roba un peso también roba un millón. Acostúmbrenlos a que deben pagar todas sus deudas, *hasta el último cuadrante*.<sup>38</sup>

25. Asimismo muchos padres consienten los malos sentimientos de sus hijos, y al hacerlo, los refuerzan. Pero un padre y una madre que verdaderamente aman a sus hijos no tolerarán en ellos la falta de misericordia. No tolerarán que abusen de sus hermanos o hermanas de hecho o de palabra. No les permitirán dañar o lastimar a ningún ser vivo. No les permitirán robar nidos de pájaros, y mucho menos matar sin necesidad, aun en el caso de las serpientes, que pueden ser tan inofensivas como un gusano, o los sapos, que a pesar de su fealdad y la mala fama que los acompaña, ha quedado demostrado más allá de toda duda que son tan inocuos como las moscas. La norma acerca de hacer a otros como te gustaría que hicieran contigo, deben hacerla extensiva a todo ser viviente. A todos ustedes, padres que en verdad aman a sus hijos e hijas, les digo: de mañana, de tarde, y durante todo el día, insten a sus hijos a *andar en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros*,<sup>39</sup> y a tener siempre presente que *Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él*.<sup>40</sup>

---

<sup>38</sup> Mt. 5.26.

<sup>39</sup> Ef. 5.2.

<sup>40</sup> 1 Jn. 4.16.

Londres, 12 de julio de 1783.

Encuentra más recursos wesleyanos en <https://www.facebook.com/estudioswesleyanos/>